

La República Federal
Alemana ha devenido
lo que es por que, si
bien se ha distanciado
del fascismo en palabras,
en su mayoría
sin embargo nunca le ha
dado una
oportunidad al
antifascismo. La marca
que lleva es la de
aquellos que no
lucharon contra Hitler.
Declaró con toda
naturalidad ser la
continuación legal del
imperio alemán, y lo ha
sido, y no sólo
legalmente. Dado que
debía sustentarse en
mayorías y que la
mayoría era fascista y
anticomunista, hizo del
anticomunismo su
religión de Estado y
olvidó pronto que no
fueron los comunistas
sino los fascistas los
que gobernaron
Alemania de 1933 a
1945.

—W. Boehlich
1978

Wolfgang Abendroth
**Perspectivas de la izquierda en la
República Federal Alemana**

Desde hace más de un decenio la República Federal Alemana es el más fuerte de los Estados capitalistas europeos. Lo es *económicamente*: su producto social supera, con mucho, el de las ayer grandes potencias Inglaterra y Francia. Sus exportaciones alcanzan una cifra muy superior a la de la totalidad de los restantes Estados. Incluso es ya un importante y en no pocas ocasiones afortunado competidor del capitalismo monopolista norteamericano y japonés. Un competidor que —si ello entra dentro de los intereses de los monopolios germano-occidentales— puede permitirse hasta conflictos políticos con Estados Unidos, como ha podido verse en el caso de las instalaciones atómicas brasileñas. Hace ya bastante tiempo que exporta masivamente capital. Y así, sus grandes consorcios no solamente han penetrado, por ejemplo, en Austria en un grado tal que puede decirse que actualmente determinan enteramente la vida económica del pequeño país vecino, sino que han montado fábricas, complejos industriales, etcétera, en Sudáfrica, en muchos "países en vías de desarrollo" del África "negra", en India y Pakistán, en los países árabes e incluso —y no en último término— en los restantes países europeos, sin olvidar Estados Unidos. Hace ya bastante tiempo, por otra parte, que su capital monopolista no decide dónde y cómo invertir sino de acuerdo, básicamente, con el lema de hacerlo allí donde pueda ya sea emplear fuerza de trabajo lo más barata posible, ya obtener para su producción amplios mercados geográficamente próximos a la misma, en los que le resulte, además, fácil competir con ventaja. El capital monopolista germano-occidental decide, pues, de acuerdo con tal lema el lugar de sus inversiones. Inversiones cuya localización en el extranjero o en la propia Alemania no obedece, en suma, a otro criterio que el de la maximalización de los beneficios. Así ha podido alcanzar la República Federal Alemana ese lugar privilegiado en el mercado mundial que le permite, en estos momentos, poseer uno de los índices de inflación más bajos conocidos. Ciertamente es, desde luego, que no puede zafarse enteramente de un epifenómeno general como éste, inseparable de un capitalismo monopolista entregado a una intensiva carrera de armamento. Pero el proceso inflacionario es tan rápido en los restantes países, que puede decirse que el marco alemán es hoy la moneda más fuerte del llamado "mundo libre". Justamente lo que ayer era el dólar. De ahí que la República Federal Alemana haya venido a convertirse en el elemento estabilizador del Mercado Común Europeo y, no sin disputa, en su cabeza rectora.

A todo ello corresponde *su función en la NATO*. La República Federal Alemana es —con una fuerza atómica relevante, muy superior a la francesa o a la inglesa y sólo inferior a la de Estados Unidos— la potencia militar más fuerte de ese sistema de alianzas. Y no sólo de él, sino, propiamente hablando, de toda Europa occidental. Su ejército es, tanto en cuanto a su magnitud numérica como a su preparación técnica, el más importante de Europa occidental; su aviación es, después de la de Estados Unidos, la más potente; incluso su flota, junto con la británica y la francesa, es la más considerable de los países de la Europa capitalista. En la cúspide militar de la NATO ocupan posiciones rectoras generales de la República Federal que ayer lo fueron de Hitler. Generales que se mantuvieron fieles al *Führer* hasta el catastrófico final del imperio nazi y que de acuerdo con el viejo imperativo de la "fidelidad a la tradición" (con vistas a cuyo cultivo se constituyen y animan en la Alemania actual asociaciones de combatientes del viejo ejército y de las SS) aún participan hoy de la ideología anticomunista del *Drittes Reich*. En semejantes circunstancias, qué puede tener de extraño que la posición de la República Federal Alemana sea, en *cuestiones de política exterior*, no menos fuerte! Sólo que se trata de una fortaleza que la República Federal ha puesto una y otra vez al servicio de los momentos y tendencias más reaccionarios de la política internacional de Occidente. En los años de la guerra de Argelia, la República Federal estuvo incondicional y enérgicamente al lado del imperialismo francés; en la guerra del Vietnam, cerró filas con Estados Unidos, a favor de cuya intervención en Cuba se puso sin vacilaciones cuando la misma pareció inminente. A pesar de todas las resoluciones de la ONU, sólo ahora considera la República Federal con mediana decisión la posibilidad de trasladar su consulado en Namibia. Y, por otra parte, una vez ha quedado claro que las viejas posiciones de poder no resultan ya sostenibles en Rodesia y Sudáfrica, no duda en manifestarse con todo su peso específico a favor de salidas favorables a los intereses "blancos" en aquellos países. A ello hay que unir el dato del intento germano-occidental de prolongación de la "guerra fría" durante todo el tiempo en el que aún cabía prever algún fruto de semejante empresa. ¿Acaso no representaba el paso de aquélla a una confrontación abierta la única posibilidad, para la República Federal, de anexionarse el territorio de la actual República Democrática Alemana y acaso también los dominios occidentales de Polonia, partes de Checoslovaquia, etcétera? Sólo una vez convencida de la potencia militar de los Estados socialistas ha podido la República Federal calibrar como utópicos tales planes. Y para ello hizo falta mucho tiempo. Hasta la entrada en vigor de la "pequeña coalición" en 1969, la República Federal estuvo, en lo que a la postura frente a los países socialistas respecta, en el

ala más, agresiva de los Estados capitalistas, y sólo cuando los restantes Estados imperialistas abandonaron tales posiciones, por lo arriesgado de las mismas, se decidió a iniciar la vía de lo, "acuerdos con el Este".

Todavía hoy funcionan buena parte de las "asociaciones de expulsados¹ y hasta el Tribunal Constitucional Alemán. con su tesis de "la continuidad del Imperio Alemán", alimenta —de manera sólo parcialmente "jurídica"— semejante, esperanzas. Esperanzas que, obviamente, no pueden sino obstaculizar el curso de la "coexistencia pacífica". ¿Cómo olvidar, sin embargo, que a los tratados de Locarno de 1925 si guió 1933, y a éste, 1939? Ciertamente es, desde luego, que el capital monopolista alemán parece haber comprendido —de momento— lo peligroso de semejante orientación. De ahí su decisión de aceptar —e incluso apoyar— la política exterior de la coalición social-liberal. Pero ¿qué ocurriría de mutar bruscamente la actual "estagnación" en una verdadera crisis en profundidad? Los datos disponibles aterran...

En la República Federal Alemana, la crisis económica internacional que desde 1973-74 amenaza a la totalidad de lo: Estados capitalistas (aunque ni de lejos todavía en la medida en que pudo amenazarlos la de 1929-30), no tiene, hoy por hoy un peso excesivo. Es, sin duda, el área de la Europa capitalista donde la crisis "se nota" menos. Pero aún así puede decirse que ha transformado perceptiblemente la estructura socioeconómica y política del país. La garantía de que una nueva y más fuerte crisis no lleve otra vez al mundo una catástrofe de consecuencias mucho más graves de lo que lo fueron las de la segunda guerra mundial depende, en lo que a la República Federal se refiere, exclusivamente del grado de fortaleza de la izquierda democrática y del movimiento obrero sobre la que ésta se apoye. O lo que es igual, de existencia de una fuerza capaz de oponerse al capital monopolista y de evitar, por su capacidad de maniobra y su peso específico posibles virajes políticos aventureristas de las "capas medias".

¿Cuál es la situación al respecto? Y ¿qué papel internacional juega el partido que hoy siente como suyo la mayoría de la clase obrera en la República Federal Alemana? El Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) ha mostrado bien a las claras, en el caso portugués y a lo largo de la evolución política reciente de dicho país, a dónde apuntan sus intereses. Cuando el imperialismo norteamericano y su brazo instrumental, la CIA, provocaron la trágica caída de la democracia chilena, el gobierno socialdemócrata de Bonn no hizo nada para ayudarla. Cuando la revolución portuguesa avanzaba, el Partido Socialdemócrata Alemán hizo todo lo posible para romper la alianza socialista-comunista. Cosa que estaba, sin duda, en situación de

1 Asociaciones formadas por los alemanes incitados por Hitler instalarse en zonas dominadas por el *Reich* —de Yugoslavia, Polor Checoslovaquia, etcétera— que a raíz de la derrota nazi tuvieron regresar a Alemania. La lucha por la recuperación de los "bienes F didos" era —y es—, lógicamente, uno de los objetivos centrales tales asociaciones. [T.]

conseguir, dada su influencia (incluso financiera). En la evolución española hará cuanto esté en su mano por impedir cualquier posible colaboración del PSOE con el PCE, de modo similar a como actualmente impide en Italia cualquier intento de colaboración de los socialistas y católicos de izquierda con el PCI y en Francia pone una y otra vez trabas a la política de Mitterand y a su acuerdo con el PCF. No hay combinación neocolonial en África que la República Federal no haya apoyado con la misma intensidad hasta que las fuerzas progresistas acabaran con ella (Tanzania, Mozambique y últimamente Angola). Todo ello a la vez que prosigue con sus intentos de aislar internacionalmente a los Estados progresistas. El gobierno socialdemócrata germano-occidental ha sido, asimismo, el culpable del fracaso fáctico de la Conferencia Norte-Sur, con su inflexible insistencia en la obtención de máximas ventajas económicas para el capital monopolista "occidental". En los Estados árabes favorece toda posible actuación contra las agrupaciones de tendencia democrática (al igual que impide, por otra parte, cualquier paso relativamente realista de Israel por el camino de la conservación estable de una parte al menos de los territorios ocupados en 1967).

Esta política exterior del único gran partido que en la República Federal se autodefine como "de izquierda" tiene un correlato puntual en la vía seguida por el mismo en cuestiones de política interior a partir de los inicios del periodo de "estagnación" (1973-74). Si durante el periodo de auge coyuntural subsiguiente a la recesión de 1966-67 la socialdemocracia fue el motor de una serie de proyectos de reformas destinadas a mejorar la situación de los trabajadores asalariados, desde el cambio de signo económico no ha jugado otro papel que el de instrumento idóneo para forzar a los sindicatos a una conducta basada en la aceptación sumisa de la reducción (todavía no excesivamente llamativa, es cierto) del nivel de vida de la clase obrera. Desde 1975, y dado el proceso inflacionario en curso, los salarios reales han dejado, de todos modos, de acomodarse al aumento general del nivel de vida, en tanto que los beneficios del capital monopolista no paran de crecer, a pesar de la crisis. Por otra parte, las consecuencias de ésta se dejan sentir masivamente tanto sobre el sector no monopolista del capital industrial como sobre las empresas de distribución y de servicios, hasta el punto de poderse constatar ya una reducción creciente de este sector de la economía, bien por estar siendo absorbido por el capital monopolista, bien por estar sus firmas pura y simplemente quebrando. No otra cosa habría que decir, por lo demás, de las capas medias formadas por trabajadores "autónomos". El proceso general de reformas (en cuestiones de política interior global, no sólo social y salarial) que a raíz de los triunfos electorales de 1969 y 1972 pareció haber puesto en marcha la socialdemocracia ha venido así a mutar en su contrario: en una segunda "ola de restauración" cuya faz más peligrosa se revela tanto en la lenta —pero inflexible— debilitamiento de los rasgos definitorios del orden político federal como propio de

un "estado de derecho", como en el uso cada vez más evidente, por parte del Estado, de medidas represivas contra toda discusión democrática.

Desde que el entonces canciller federal Willy Brandt —líder, como es sabido, del SPD— autorizó y prestó todo su apoyo al decreto de los presidentes de los Consejos de Ministros de los estados de la Federación que prohibía el acceso al funcionariado público a los "enemigos de la Constitución" (entre los que figuran todos los miembros del Partido Comunista Alemán, por supuesto, pero también —y según el humor de los gobernantes de turno— todos los demás marxistas o demócratas radicales, y ello por mucho que el PC Alemán no sólo respete las leyes constitucionales de la República Federal, sino que las haga suyas y proclame sinceramente su intención de no luchar sino sobre la base de las mismas), numerosos maestros jóvenes, empleados de Ferrocarriles y de Correos e incluso profesores universitarios han perdido su puesto de trabajo. Por cierto que entre los expulsados figuran también no pocos socialdemócratas críticos. Y ello incluso en estados federales donde gobierna la socialdemocracia.

A ello hay que unir toda una serie de medidas de orden penal y procesal, introducidas en el correspondiente ordenamiento jurídico, que —en normas poco claras y, en consecuencia, arbitrariamente interpretables— hacen posible el procesamiento de elementos "no gratos" y dificultan la actividad de sus abogados defensores en los procesos políticos. Todo nuevo acto de violencia anarquista cometido por pequeños grupos faltos de cualquier posible respaldo político *real* es aprovechado para promulgar nuevas "medidas de excepción" de este tipo no sólo por el partido clásico del capital monopolista alemán, la Democracia Cristiana (CDU-CSU), sino también por el grupo dirigente del SPD. Cada paso que éste da en tal sentido es un paso para el que cuenta de antemano con el apoyo total de la "opinión pública", de la prensa, de la TV y de la radio y, por desgracia, también con el de las masas populares víctimas hoy todavía —como ininterrumpidamente desde 1933, con el breve interregno del periodo que media entre 1945 y 1947-48— de la histeria anticomunista, esa histeria con la que machacan constantemente los medios de comunicación de masas y la totalidad de las instituciones docentes. Si se exceptúa *UZ*, el diario del PC Alemán, de difusión más bien escasa, no hay en la República Federal un solo diario que no coopere a la difusión constante de comentarios anticomunistas e incluso al falseamiento de cuantas noticias resulte pertinente falsear a tales efectos.

Con todas las diferencias que pueda haber entre Willy Brandt, el canciller Schmidt y los "semizquierdistas" Ehmke y Eppler, el grupo dirigente del SPD está completamente de acuerdo en lo siguiente:

1]en convertir la línea de compromisos que lógicamente ha tenido que aceptar al

formar un gobierno de coalición con los liberales (FDP) en *doctrina* propia del partido, dogmáticamente defendida y asumida como límite infranqueable de la formación de conciencia del mismo;

2]en renunciar, en consecuencia, no sólo a la implantación inmediata o a la presencia de medidas socialistas en un programa de acción a corto plazo, sino a la sustentación y defensa de las mismas como objetivo final del partido;

3]en enmascarar su creciente apartamiento de los rasgos democráticos de la Constitución (con medidas como la ya citada de la interdicción profesional sistemática) y hasta de las normas liberales —propias de todo estado de derecho— del derecho penal y del ordenamiento procesal penal vigente, presentándolo *ideológicamente* como una defensa de la Constitución y de la democracia; -

4]en apoyar e incluso asumir los objetivos expansionistas impuestos por el capital monopolista - a la política exterior germano-occidental (aunque —a diferencia de lo que ocurre con la Democracia Cristiana— tal política se haga, por parte de los socialdemócratas, sin franquear los límites que en cada momento pueda imponer una "política realista") ; y, sobre todo, en

5] ejercer una presión considerable —y creciente— sobre el movimiento sindical, con vistas a forzarlo a la pasividad y el retroceso frente a la ofensiva del capital monopolista contra las posiciones ganadas por la- clase trabajadora en materia salarial, sociopolítica y :
jurídico-laboral (cogestión, elección democrática de los - llamados a ocupar puestos directivos en las grandes empresas, etcétera) ; una presión destinada, en suma, a llevar al proletariado alemán a la renuncia duradera a cualquier tipo de lucha en escala no insignificante. En este orden de cosas, las diferencias actualmente- existentes en la cumbre del partido sólo afectan, en lo esencial, a la magnitud considerada como "aceptable" de las revisiones restrictivas de los progresos democráticos conseguidos, en materia educativa, por vez primera, a raíz de la revuelta estudiantil de los años 67-68.

El repliegue de la socialdemocracia, que desde 1972 —y con mayor fuerza .aún desde los comienzos de la *crisis* del 73/74— caracteriza el cuadro político de la República Federal Alemana, obedece a la ilusión de que sólo una serie de concesiones al capitalismo monopolista y a la democracia cristiana podría retardar el avance de este partido y, con ello, su regreso al poder. Pero, a decir verdad, este intento de impedir la reconquista del poder político por parte de la democracia cristiana a base de ceder a todas sus exigencias, entraña un claro desacierto, es un error mayúsculo. Porque mediante su adecuación a la ideología de la democracia cristiana, el SPD ofrece a ésta en bandeja la oportunidad, en un periodo de

depresión y estagnación, esto es, de "crisis" —de la que los demócrata-cristianos culpan, en su agitación, al gobierno, sin que la socialdemocracia se atreva, en cambio, a caracterizarla públicamente como lo que es: una consecuencia inevitable del modo de producción propio del capitalismo monopolista—, de atraerse o, por lo menos, de neutralizar de nuevo a los sectores vacilantes de la clase de los trabajadores dependientes (empleados y funcionarios, pero también parte del proletariado industrial) que a raíz de la recesión del 66-67 optaron por la socialdemocracia. No es precisamente una casualidad que incluso en un país de tradición socialdemócrata tan arraigado como Hessen las elecciones municipales de 1977 se tradujeran en un triunfo electoral de la democracia cristiana. Triunfo que prueba —una vez más— cómo son precisamente los resultados políticos los que vienen a refutar siempre *la política sin principios* de la socialdemocracia. Porque a este ejemplo podrían añadirse otros muchos: la caída y crisis de la propia socialdemocracia alemana a raíz de su opción por una política idéntica a la que ahora hace suya a raíz de la crisis económica mundial de 1929-30. O la reducción, pongamos por caso, de la SFIO, en Francia, a un 8% de los votos con ocasión de su adhesión a las posiciones imperialistas cuando las guerras de Indochina y Argelia (antes del viraje político que la llevaría a transformarse en el PSF). Pero antes de que semejante autodestrucción salga a la luz pública y se consume en las próximas elecciones federales, el capitalismo monopolista alemán podrá seguir utilizando, sin duda, a la dirección de la socialdemocracia con vistas a dificultar —e incluso impedir—, dada la influencia de ésta sobre los restantes partidos de la Internacional Socialista, el avance de los demócratas en los países de la Europa latina.

A partir de 1973, el retroceso económico mundial ha llevado, pues, en los países de la Europa capitalista, a consecuencias contradictorias. En los Estados gobernados —total o parcial, pero sustantivamente— por los partidos reformistas de la Segunda Internacional, hemos asistido bien, como en el caso de los países nórdicos, al final de su predominio (Suecia), bien a un serio quebrantamiento del mismo (Inglaterra, República Federal Alemana). Con la particularidad de que en todos estos casos la política de dichos partidos socialistas se ha mantenido absolutamente al margen de todo ideario y de toda programación basados en la lucha de clases. En los Estados, en cambio, en los que el poder político estaba en manos de grupos burgueses o fascistas (Estados latinos, Grecia, Turquía), la crisis ha llevado a un sustancial ascenso de los partidos de izquierda, esto es, de aquellos partidos para los cuales la conciencia proletaria de clase es eje y punto clave de referencia. Y no sólo eso, sino que en algunos de estos países dicho ascenso se ha traducido ya en la probabilidad tangible de un acceso (más o menos inminente) al poder político. O, al menos, a la participación en el mismo. Solamente en los países —como Dinamarca— donde un gobierno de composición socialista se ha mantenido indeclinablemente firme, incluso en el marco de la crisis, en la defensa de los intereses de la clase de los trabajadores dependientes y de los derechos democráticos,

se ha visto cómo el Partido Socialista ha conservado o incluso fortalecido sus posiciones.

Dada la prepotencia germano-occidental en el plano económico y militar y el liderato, que en base a la misma ha pasado a corresponderle ya a la República Federal en la Europa capitalista, cabe afirmar con escaso riesgo de error que un viraje en este país del tipo del que podría llevar a un nuevo acceso demócrata-cristiano al gobierno *se traduciría inmediatamente: en un claro peligro para la democracia en todos los países europeos. Y no sólo eso, sino también en un claro peligro para la paz mundial en caso de agravamiento importante de la crisis económica.* En toda situación de amenaza real y tangible, el capital monopolista tiende (y las experiencias de la crisis económica mundial de 1929-30 vinieron a probarlo hasta la saciedad) a asumir el riesgo incluso de catástrofes extremas, con tal de conservar sus posiciones.

¿Existen *fuerzas* en la República Federal Alemana *capaces de oponerse* a este peligro, capaces de aminorarlo o neutralizarlo? Que la conciencia *política* de clase del proletariado industrial es mínima en este país —o, en cualquier caso, no resulta cuantitativamente relevante—, y que la conciencia *sindical* de clase no pasa de ser, en él, un *sentimiento indeterminado*, por muy alto que sea el grado de organización de los sindicatos industriales, es cosa de la que apenas cabe dudar razonablemente. En el periodo de auge económico, que en la República Federal se mantuvo inalterado hasta pasada la primera mitad de los 60, los sindicatos consiguieron obtener, para la clase obrera, un nivel de vida relativamente elevado, sin necesidad de desarrollar para ello luchas de cierta envergadura (salvo, quizá, en los primeros momentos) . El rápido crecimiento económico, con beneficios muy superiores a los que podían obtenerse en el resto del mundo capitalista —en base, ciertamente, al alto grado de monopolización de la economía germano-occidental y a la superioridad tecnológica de ésta sobre la de los restantes países europeos—, permitió al capitalismo alemán hacer notables concesiones a las masas, tanto en lo tocante al monto salarial como en lo relativo a la seguridad social. La situación fronteriza respecto de los países del bloque socialista —en los que las necesidades de reconstrucción global a raíz de la segunda guerra mundial hicieron que el nivel de vida quedara durante mucho tiempo bastante por debajo del existente en la República Federal— permitió al capital germano-occidental presentar propagandísticamente, con gran fuerza e insistencia, sus concesiones materiales durante todo el tiempo en que éstas, dado el super-beneficio existente, aún resultaban compatibles con una acumulación acelerada, de modo tal que el obrero germano-occidental tuviera que plantearse una y otra vez la superioridad de su situación material, en la *capitalista* República Federal, sobre la de su homólogo en la *socialista* República Democrática. Campaña cuya intención última por parte del capital fue, claro es, en todo momento, la de abortar cualquier posible tendencia hacia una planificación de carácter socialista, del tipo de las que aún animaban ciertos puntos del Programa Fundacional de la Unión Sindical Alemana aprobado en Munich en 1949.²

² El DGB, *Deutscher Gewerkschaftsbund* (Unión Sindical Alemana) , fue fundado en Munich en 1949, integrando los sindicatos de las zonas ocupadas por las potencias occidentales. Su programa vino a recoger los

Por otra parte, y gracias a estos compromisos obtenidos las más de las veces mediante meras negociaciones de tarifas —y raramente por la vía de luchas obreras de alguna intensidad—, la relación del trabajador dependiente, individualmente considerado, con su sindicato ha ido abandonando paulatinamente, en la mayoría de los casos, su inicial carácter de participación consciente en una organización de clase que se asume como propia, para no ser otra cosa ya que una relación equiparable a la que pueda mantener un mero consumidor con una institución de cuyos éxitos negociadores se beneficia. Desde 1955, además, el pleno empleo ha sido cosa por completo natural, hasta el punto de tenerse que recurrir —desde finales de la década de los 50—, en medida creciente, a la importación de una fuerza de trabajo extranjera cuyos miembros, precisamente por no estar en condiciones de desarrollar otras tareas que las que exigen menor calificación laboral, pasaban a engrosar de inmediato las filas del sector obrero de ingresos salariales más bajos. En la cuenta, de todo ello habrá que cargar, sin duda, el fenómeno del debilitamiento creciente de la conciencia sindical de lucha, conciencia que ha venido á dejar paso en el trabajador alemán a una especie de "conciencia de poseedor de una póliza de seguros" (en ocasiones capaz de asumir posiciones críticas, desde luego), frente a un sindicato asumido de manera cada vez más abstracta como una institución entre otras. Hay, sin duda, excepciones. Ahí está el caso, por ejemplo, del Sindicato de Transportes, o el del Metal, cuya dirección —a niveles altos y medios— se formó en el movimiento de resistencia contra el fascismo y conoce bien lo estrecho de las relaciones que el capital monopolista alemán mantuvo con el régimen nacional-socialista. Algunos sectores de dicha dirección intentaron, durante el primer decenio de vida de la República Federal, oponerse a esta tendencia. Y lucharon, ciertamente, por cambiarla de signo. Pero pronto se vieron obstaculizados por la dirección del SPD y nada pudieron hacer frente a los rasgos centrales de una situación bien pronto "consolidada" y (al parecer) irreversible. Esta generación ha abandonado ya, por otra parte, sus puestos de vanguardia por razones de edad, y ha sido sustituida por una generación de líderes sindicales de nivel

puntos esenciales aprobados en el Congreso del DGB celebrado en Munich aquel mismo año. Entre ellos cabe destacar: 1] Elaboración de un plan económico general del Estado con vistas a coordinar la economía y asegurar el pleno empleo, utilizando todos los medios crediticios y financieros necesarios. (sin ser un plan directivo en el sentido de los planes quinquenales rusos).

2] Intervención paritaria de los obreros en todos los problemas económicos y sociales de la dirección y administración de la economía. Efectividad total de este derecho de codeterminación a todos los niveles: en las empresas, en las cámaras económicas comarcales, en los consejos económicos de los diversos países integrantes de la República Federal y en el Consejo Económico Federal. (Se solicitaba, paralelamente, la fundación de estos últimos organismos, fundación que no ha tenido lugar hasta la fecha en la Alemania occidental.) Sobre esta base presentó el DGB en 1950 unas "Directrices para la reorganización de la economía alemana" que, reelaboradas en forma de proyecto de ley, fueron presentadas al Parlamento. Este rechazó la propuesta. El programa del DGB sólo puede ser explicado, como apunta Abendroth en su trabajo, a partir de las circunstancias específicas de la posguerra alemana. En 1945, ante el fracaso general, los representantes del sistema capitalista se vieron precisados a mostrarse dispuestos a hacer concesiones a la clase obrera. Tanto la socialdemocracia como la democracia cristiana, los dos grandes partidos del país, se pronunciaron a favor de la participación y la intervención de los obreros en la dirección de la vida económica del país. Se llegó 'a creer así posible una división de poder entre el capital y el trabajo, que la consolidación de la burguesía monopolista alemana a partir de los años 50 ha revelado como ilusoria. UT.]

medio y alto que —con el beneplácito del SPD— ha procedido a justificar ideológicamente esta situación por recurso a la teoría del "pacto social" entre obreros y patronos concebidos como *partners* en una empresa común (o lo que es igual, en una empresa cuya buena marcha beneficia, en definitiva, a unos y otros) . Teoría ésta a la que dichos líderes siguen aferrándose, por cierto, incluso ahora, en un momento como el presente, en el que el estancamiento económico ha convertido casi en permanente una cifra del 4% de desempleados (respecto del total de la población activa).

Si durante los ya no escasos años de vida de la República Federal Alemana las direcciones de los grandes sindicatos industriales mantuvieron, al menos en cuanto podía afectar a los intereses económicos *inmediatos* de los trabajadores dependientes (pero también en lo relativo problemas políticos básicos, como el del rearme de la República Federal, planteado a comienzos de la década del 50, o el de los decretos de "excepción", a mediados de los años 60), posiciones que cabría llamar "de- izquierda", hoy ya no ocurre tal cosa. Solamente puede observarse lo contrario en algunas ramas industriales, más bien pocas (artes gráficas, por ejemplo). Ramas que son hoy, por otra parte, las más fuertemente amenazadas por las medidas de racionalización impuestas por el capital. Ello no impide, sin embargo, que la dirección sindical esté, por lo general, más expuesta —como pudo verse cuando las huelgas "salvajes" de 1969— a la presión de la base y sea, en consecuencia, más receptiva que la dirección del partido. Sólo que en la mayor parte de los casos no está dispuesta a transformar impulsos pasajeros de lucha en conciencia sindical duradera. Y ello sencillamente porque la dirección SPD se opone a tales tendencias y porque —no en último lugar — la inmensa mayoría de los funcionarios clave de los sindicatos son miembros del partido.

Desde la revuelta estudiantil de los años 67-68, en que partes sustantivas de las capas de intelectuales jóvenes se sintieron atraídas a posiciones de izquierda, ciertas tendencias de lucha con una conciencia de clase relativamente estable han ido dibujándose —gracias, precisamente, a esa generación joven— en dos sindicatos de menor entidad: el de científicos y enseñantes y (por mediación de la Unión de Escritores) el del Papel y Artes Gráficas. En qué medida tal transformación (unida al problema del desempleo juvenil) pueda tener consecuencias de cara a otras agrupaciones sindicales, en el sentido, por ejemplo, de transformar (mediante el correspondiente aparato de formación sindical, pongamos por caso) su sólo ocasional nervio luchador en algo comparable a una conciencia estable de clase, por muy exclusivamente sindical que ésta sea, es cosa que hoy no parece fácil, desde luego, de pronosticar. Que ello ocurra dependerá, sobre todo, de que la generación

joven aprenda a transformar las fórmulas marxistas abstractas en una política estratégicamente calculada. Una estabilización permanente de la conciencia sindical de clase no será apenas posible ya, sin embargo, sin una revitalización de la conciencia política de clase.

La situación no es, de todos modos, la más favorable para ello. Al menos por ahora. En los años iniciales de la reconstrucción capitalista de la República Federal los comunistas perdieron rápidamente su influencia sobre las masas. Y ello sencillamente porque en lugar de explicar de manera crítica a las masas la contradicción existente entre el alto nivel de vida de la República Federal y el inicialmente mucho más bajo de la República Democrática, optaron por ocultar sin más — faltando abiertamente a la verdad— tal contradicción en un *momento en el- que la comunicación entre las poblaciones de ambos Estados aún era muy grande*. A raíz de la primera ley de Reforma jurídico-penal de 1951 los comunistas pasaron a estar, además, tácticamente en la ilegalidad. Entre 1956 y 1968 lo estuvieron también explícita y formalmente. En una época en la que todo eco entre las masas brilla por su ausencia, la situación de ilegalidad plena conlleva —como consecuencia sociopsicológica casi inevitable— la formación, en la organización ilegal, de fuertes tendencias sectarias. Tendencias que ayudan, desde luego, a compensar el escaso éxito presente mediante la fe en un paraíso futuro, pero que a la vez impiden, a causa, precisamente, de tal sustitución, el análisis marxista (y, por tanto, crítico) de la problemática concreta de la situación propia. Precisamente por esto tuvo, sin duda, que seguir ahondándose esa separación respecto del pensamiento (o mejor aún: respecto del sentimiento) de las masas, que venía preparada ya y hecha posible por la situación histórica concreta.

Nada tiene, pues, de extraño que la influencia del Partido Comunista Alemán sobre las masas fuera —y sea —tan escasa como han venido a revelarlo cuantas elecciones se han celebrado desde su nueva fundación en 1968. Como tampoco lo tiene el que a pesar de lo correcto —en términos generales— de su estrategia, aún muestre a menudo formas sectarias de conducta que en la actualidad se deben, básicamente, a la sustitución a que procede de la —necesaria y exigible— identificación con los Estados socialistas y la República Democrática por su pura y simple glorificación. Glorificación que hace incluso extensible a su atraso (atraso tan fácilmente explicable, por lo demás, por recurso a la historia). En un país como la República Federal, donde el arraigo de la ideología anticomunista es —aún hoy día— mucho más fuerte que el que ésta pueda tener en cualquier otro de Europa, semejante glorificación no es precisamente lo que las masas pueden asumir mejor. Con la consecuencia de que ésta viene a menudo a convertirse en un verdadero obstáculo a la restante política del partido comunista —política que es, en lo esencial, como ya se dijo, la correcta. Y ello en un momento en que el Partido ha sido nuevamente puesto —a raíz del aumento general de la represión— en una situación de semiilegalidad (en base, claro es, a su presunta condición de partido "anticonstitucional"). (Acaso convenga, por lo demás, recordar que de valorarse el derecho

constitucional vigente en la República Federal como un sistema de normas, se impone la conclusión de que el Partido Comunista Alemán es el partido republicano-federal que con mayor decisión defiende tanto esta Ley Fundamental como las constituciones de los diferentes estados de la Federación. Es más: son precisamente los gobiernos y jueces quienes las vulneran una y otra vez.)

Las agrupaciones sindicalistas no comunistas independientes del SPD están dominadas por sectores de las capas intelectuales. Su centro más importante es el Buró Socialista de Offenbach. Su actividad no es de las más cerradas, desde luego, a la colaboración con fuerzas políticas situadas a su izquierda, aunque a menudo algunos sectores de su dirección se muestran dispuestos a hacer concesiones a las corrientes e ideologías anticomunistas. Hay que reseñar, además, la existencia de pequeñas sectas maoístas, reñidas entre sí, cuya influencia decae rápidamente. Y, asimismo, la de reducidos grupos trotskistas, igualmente reñidos entre sí, cuya influencia política es muy escasa. Están, además, los círculos anarquistas partidarios del "terrorismo" como forma de acción política. Su (las más de las veces insensata) actividad no pudo —ni puede— considerarse como demasiado frecuente. Pero aún así, y en cualquier caso, ha servido —y sirve— perfectamente a la derecha como excusa para el aumento de la represión contra la izquierda en su conjunto. Ninguno de los grupos citados en este último apartado ha llegado jamás a partes apreciables del proletariado industrial.

Dentro de la socialdemocracia surgen una y otra vez corrientes de oposición a la política impuesta por la dirección del partido, esto es, corrientes dispuestas a luchar contra una política que de manera más o menos consciente toma siempre como eje y campo propio los intereses del ala realista del capital monopolista. El proletariado industrial hace ya mucho tiempo que dejó de ser activo en el partido. La mayoría de sus funcionarios honoríficos de nivel más bajo se reclutan entre los empleados y funcionarios de los municipios y gobiernos de los diferentes países de la Federación. Lo que no impide, desde luego, que el proletariado industrial gravite sobre el partido, aunque sólo sea porque la socialdemocracia tiene que contar con sus votos; porque depende, en una palabra, de éstos.

De ahí que surjan constantemente, en el partido, movimientos de oposición que de manera más o menos remota enlazan con la vieja tradición de éste como partido *obrero*, esto es, como partido con conciencia proletaria de clase. Y ello sobre todo en los momentos en que la contradicción entre los intereses inmediatos de los trabajadores dependientes y la política de la dirección del SPD resulta excesivamente grande. Tales movimientos cristalizan, sobre todo, en la organización de los "jóvenes socialistas" y en algunos subdistritos. Cuando tiene que reforzar y asegurar algún viraje a la derecha particularmente pronunciado, la dirección del partido recurre al expediente de excluir del mismo a algunos de los representantes de dichos grupos (sobre todo si éstos intentan articular de nuevo una conciencia política de clase en las filas del partido). Así fue alejada del partido en 1961-62 la organización de estudiantes de entonces, el SDS, y sus homólogos del profesorado. Y así

se ha abierto hoy un expediente de expulsión contra el presidente de los "jóvenes socialistas", Benneter, contra algunos intelectuales, como los profesores Kade y Stube y, por último, contra el presidente de la Organización Estudiantil del Partido (SHB). Y todo ello por tratarse de militantes socialdemócratas que se oponen a la política de rearme intensivo del ministro del Ejército, lo que inmediatamente arroja sobre ellos la sospecha de estar a favor de la colaboración con los comunistas (cosa que en el SPD es un crimen mucho más grave que el representado por la exmilitancia en, pongamos por caso, el Partido Nacional-Socialista Obrero Alemán). A raíz de este tipo de expulsiones se abre en el partido siempre un periodo más o menos prolongado de estados interiores de sitio alternados con situaciones de calma; poco tiempo después surge, sin embargo, un nuevo movimiento de oposición (a causa de la estructura social de las capas de electores socialdemócratas, pero como consecuencia, también, de las características de los militantes del partido). Su motor eventual acostumbra a ser el aumento de actividad por parte de los trabajadores dependientes situados fuera del partido. No parece probable, sin embargo, que los movimientos de este tipo lleguen a cuajar en un grupo coherente, capaz de desarrollar una acción correcta estratégicamente meditada en tanto no exista —fuera de la socialdemocracia— un partido político más fuerte, dotado de una verdadera conciencia de clase. De existir ésta, no sería improbable que en caso de crisis social el SPD llegara a reconvertirse en un partido verdaderamente reformista de la clase de los trabajadores dependientes, de modo similar a como en Francia la SFIO vino a mutar en el actual PSF. Con lo cual se habría cumplido la condición previa indispensable para detener por fin, con medianas garantías de éxito, las tendencias disolutivas de la estructura constitucional democrático-burguesa tan inquietantemente vivas hoy en la República Federal Alemana.

Los movimientos ecológicos de masas contra las instalaciones atómicas, que en la República Federal ganan importancia de día en día, son "recuperados" por el gobierno mediante concesiones puramente verbales. También es cierto, sin embargo, que han conseguido aplazar el establecimiento de centrales de energía nuclear. Entra dentro de lo posible, por lo demás, que tales movimientos acaben por coadyuvar a la regeneración de la conciencia política de la clase trabajadora en caso de actuar de modo correcto en su seno fuerzas verdaderamente socialistas. También aquí falta, de todos modos, el motor que pueda impulsar tal cosa. O no resulta demasiado visible, por ahora.

La "izquierda" de la República Federal no es, pues, hoy, lo suficientemente fuerte como para estar en condiciones de cumplir la que actualmente es, sin duda, su función principal: mantener vivas, al menos, en un periodo de estancamiento y de crisis las condiciones democráticas de lucha y de legalidad constitucional sin las cuales no será posible luchar contra el peligro de conversión de la República Federal Alemana en un estado autoritario del capitalismo monopolista en el que todas las variantes del marxismo se vean reducidas a la

ilegalidad. Esta situación de impotencia de la izquierda podría sin embargo cambiar rápidamente en las actuales condiciones de autodesenmascaramiento del capitalismo monopolista —con un estancamiento en el que el desempleo se ha convertido ya en rasgo estructural y en que la inserción en el proceso productivo de la generación más joven de los trabajadores intelectuales no parece ya posible—, de conseguirse en el seno de ésta la necesaria traducción de la estrategia (esencialmente correcta) del partido comunista en una praxis táctica igualmente correcta, la superación por parte de un sector de agrupaciones del Buró Socialista de sus prejuicios anticomunistas y el desarrollo, por último, de una amplia oposición en el propio SPD. *Éxitos claros de la democracia y de la clase trabajadora en los países latinos podrían ayudar también a cambiar tal situación.* Y, en cualquier caso, la joven generación de la clase obrera podría ver en ellos una incitación y un modelo. Como una parte importante de los estudiantes y de los intelectuales jóvenes aún sustentan las posiciones de lucha contra el capitalismo monopolista que comenzaron a dibujarse hace diez años en el movimiento estudiantil, habría —y hay— que contar con la posibilidad real de una difusión amplia y rápida de tales éxitos entre las masas germano-occidentales. Y ello a pesar de la actitud reaccionaria de los medios de comunicación de masas de la República Federal. No tienen, pues, en base a todo ello, los grupos y organizaciones germano-occidentales que se reclaman de Marx razón suficiente para renunciar a la esperanza de estar alguna vez en condiciones de evitar una catástrofe general, del tipo de la que amenazó ya a la clase obrera alemana a raíz de la crisis económica mundial de 1929-30.

La responsabilidad de la izquierda alemana en cuanto a la consecución de una política realista de lucha contra el desempleo, de defensa del nivel de vida de la clase obrera dependiente, de protección de los derechos democráticos, de rechazo de la escalada general de rearme, de oposición radical, en fin, a las tendencias intervencionistas —típicamente neoimperialistas— de la política exterior germano-occidental es hoy, precisamente por el papel prepotente de la República Federal en 'la Europa capitalista, particularmente grave.

[Tomado de *Materiales*, n. 5, septiembre-octubre de 1977. Traducción de Jacobo Muñoz.]